

consolacion. Pues allí llegados, despues que del camino algo descansaron, Amadís se apartó con ellos sin Arquisil, é díjoles: «Buenos señores, yo vos fice aquí venir porque me pareció que, segun las cosas van á buen fin, que es cosa muy razonable que estoviédes presentes á todo lo que se hará; que de hombres tan honrados con mucha razon se debe hacer cuenta, é tambien por vos hacer saber cómo yo tengo palabra de Arquisil, como creo que habréis oido, que terná prision donde por mí le fuere señalada; é conociendo el gran linaje donde viene y la nobleza suya, que le acarrea á merecer muy gran merecimiento, acordé de vos hablar, pues que en el imperio de Roma no vos queda quien con tanto derecho como este caballero lo deba haber, que se tenga manera como, así por vosotros como por todos los que aquí se fallan, sea jurado é tomado por señor; y en esto haréis dos cosas: la primera cumplir con lo que obligados sois en dar el señorío á cuyo es de derecho, é caballero tan cumplido en todas bondades, y que muchas mercedes vos hará; y la otra, que en cuanto á la prision suya y vuestra, yo habré por bien de os dejar libres, que sin entretanto alguno vos podais ir á vuestras tierras, é siempre vos seré buen amigo mientras vos ploguiere; que yo precio mucho á Arquisil y le tengo gran amor, tanto como á hermano verdadero, é así gelo guardaré, si por él no se pierde en esto que vos he hablado y en todo lo á que le tocara.»

Oido esto por aquellos señores romanos, rogaron á Brondajel de Roca, que era muy principal é muy razonador entre ellos, que le respondiese; el cual le dijo: «En mucho tenemos, señor Amadís, vuestra graciosa habla, é mucho vos debe ser gradecida; pero como este hecho sea tan crecido, é para ello es menester el consentimiento de muchas voluntades, no podríamos así al presente responder, hasta que con los caballeros que aquí son se platique, porque aunque de muchos de los que aquí vienen no se hace cuenta, muy principales son para esto que, Señor, nos decis, porque en nuestra tierra tienen muchas fortalezas é ciudades é villas del imperio, é otros oficios de comunidades que tocan mucho á la eleccion del imperio; y por esto, si vos ploguiere, nos daréis lugar que veamos á Flamíneo, que es un caballero muy honrado, que nos han dicho que está ferido, y en su presencia serán por nosotros todos llamados, y se vos podrá dar deliberadamente la respuesta.» Amadís lo tovo por bien, y les dijo que respondian como caballeros cuerds é lo que debian, é que les rogaba, porque creia que su partida de allí seria breve, no hobiesé dilacion. Ellos le dijeron que así se haria, que la tardanza seria para ellos mas grave. Pues luego cabalgaron todos tres, y se entraron en la villa, que ya de los muertos estaba desembargada; que el rey Lisuarte mandó venir desas comarcas muchas gentes que los enterraron; é como llegaron á la posada donde Flamíneo estaba, descabalaron y entraron en su cámara, é como se vieron fueron muy ledos en sus voluntades, aunque los continentes muy tristes por la gran desventura que les habia venido; y luego le dijeron cómo era menester que hiciese llamar todos los alcaides y personas se-

ñaladas que habian quedado vivos de los que allí estaban, porque era necesario que sopiesen una habla que Amadís les habia hecho, en que estaba su deliberacion ó prision para siempre. Flamíneo los mandó llamar, y venidos los que venir pudieron, estando juntos, Brondajel de Roca les dijo: «Honrado caballero Flamíneo, é vosotros, buenos amigos, ya sabeis las malas dichas é grandes fortunas que sobre todos los de Roma son venidas despues que por mandado de nuestro emperador, que Dios perdona, venimos en esta isla de la Gran Bretaña, y porque tan notorias son á vosotros, será excusado repetirlas agora. Nosotros estando presos en la insola Firme, Amadís de Gaula tovo por bien de nos hacer venir aquí donde nos veis, el cual con mucho amor y buena voluntad nos ha traído é hecho muchas honras, y nos ha hablado largamente, diciendo que, pues nuestro imperio romano está sin señor, y de derecho mas que á otro alguno le viene la posesion dél á Arquisil, que él será agradable en que por vosotros é nosotros sea por señor y emperador tomado, y que no solamente nos dará por libres de la prision que sobre nosotros tiene, mas que nos será fiel amigo é ayudador en todo lo que menester le hobiéremos; y pareciónos, segun el aficion á esto que vos decimos mostró, que tiene por dicho que si con voluntad de nosotros se hiciese, que nos dará las gracias que oistes, é si no, de se poner con sus fuerzas para que por otra via se haga. Así que, buen señor, é vos, buenos amigos, ese es lo para que aquí fuistes llamados; é porque vuestras voluntades se determinen, sabiendo las nuestras, es mucha razon que se vos declaren; lo cual es, que hemos platicado entre nos mucho sobre esto, y hallamos que lo que este caballero Amadís nos pide y ruega, es lo que nos habiamos con mucha aficion de rogar y pedir á él; porque, como sabeis, aquel tan gran señorío de Roma no puede estar sin señor. Pues ¿quién mas por derecho, por esfuerzo, por virtudes, que este Arquisil lo merece? Por cierto, á mi ver, ninguno. Este es nuestro natural, criado entre nosotros, sabemos sus buenas costumbres é maneras. A este sin empacho podemos pedir por fuero lo que, seyendo derecho, otro por ventura que extraño fuese nos lo negaría; demás desto, ganamos en amistad á este famoso caballero Amadís, que así como seyendo enemigo tanto poder tovo de nos dañar, seyendo amigo, con aquel mismo mucha honra é bien nos puede hacer, y enmendar todo lo pasado. Agora decid lo que vos place, é no mireis á nuestra prision ni fatiga, sino solamente á lo que la razon é justicia os guiare.»

Como las cosas justas é honestas tengan tanta fuerza, que aun los malos sin gran empacho negar no las puedan, así estos caballeros, como personas discretas y de buen conocimiento, veyendo ser mucho justo é á lo que eran obligados lo que aquel caballero Brondajel de Roca dijo, no le pudieron contradecir, aunque, como siempre acaece en las muchas voluntades haber diversas discordias, tantos hobo allí que á la razon miraron é siguieron, que los que otra cosa quisieran no hobo lugar su deseo; é todos juntamente dijeron que así como Amadís lo demandaba se hiciese, é con su emperador se tornasen á sus casas sin se mas detener en aque-

llas tierras donde mal andantes habian sido, é que á ellos, como á muy principales, dejaban á cargo de lo que Arquisil habia de jurar é prometer. Y con este asiento se tornaron á Amadís al monesterio, é dijéronle todo lo que estaba concertado, de que hobo gran placer. Pues finalmente, juntos todos los caballeros é grandes señores de los romanos, é las otras gentes mas bajas del imperio, dentro en la iglesia juraron á Arquisil por su emperador, y le prometieron vasallaje, y él les juró todos sus fueros é costumbres, y les hizo é dió todas las mercedes que con razon le pidieron.

Así que, por esto podemos decir que algunas veces vale mas ser sojuzgados é apremiados de los buenos fuera de nuestra libertad, que con ella servir é obedecer á los malos; porque de lo bueno, bueno se espera en la fin, sin dubda en ello poner; y de lo malo, aunque algun tiempo tenga flores, al cabo han de ser secas con las raíces; donde procede que este Arquisil fué criado con hombre de su sangre, que fué el emperador Patin, al cual muchos señalados servicios hizo en honra de su corona imperial, y en lugar de haber conocimiento dellos, le trajo desviado, casi desterrado é maltratado de donde él estaba, temiendo que la virtud é buenas mañas deste caballero por donde habia de ser querido é amado, y hechas muchas mercedes, le habia de quitar el señorío; y seyendo preso de su enemigo, donde no esperaba gracia ni honra ninguna, antes todo al contrario deste, por ser tan diverso y acabado en la virtud que al otro fallecia, le vino aquella tan gran honra, tan gran estado como ser emperador de Roma, en lo cual deben tomar todos ejemplo é llegarse á los virtuosos y cuerds, porque de lo bueno su parte les alcance, y apartarse de los malos, escandalosos, envidiosos, de poca virtud y de muchos vicios, porque así como ellos dañados no sean.

CAPITULO XXXVII.

Cómo el rey Lisuarte fizo juntar los reyes é grandes señores é otros muchos caballeros en el monesterio de Luvaina, que allí con él estaban, y les dijo los grandes servicios é honras que de Amadís de Gaula habia recibido, y el galardón que por ellos le dió.

Así como habeis oido fué tomado por emperador de Roma este virtuoso y esforzado caballero Arquisil á causa de su buen amigo Amadís de Gaula. Agora cuenta la historia que todos estos reyes, príncipes é caballeros estovieron muy viciosos á su placer en aquel monesterio y en la villa de Luvaina, fasta que el rey Lisuarte fué en mejor disposicion de salud é se levantó de la cama, é otros muchos de sus nobles caballeros que heridos habian estado, curando dél y dellos aquel maestro grande Elisabat; é como así el rey Lisuarte se viese, hizo un día llamar á los reyes é grandes señores de ambas partes, é junto con ellos en la iglesia de aquel monesterio, les dijo: «Honrados reyes é famosos caballeros, muy excusado me parece traer os á la memoria las cosas pasadas, pues que así como yo las habeis visto, en las cuales si atajo no se diese, los vivos que somos de los muertos iguales nos haríamos; pues dejándolas aparte, conociendo el gran daño que así al servicio de Dios como á nuestras personas y estado ocurriera en

ellas procediendo, he detenido al noble rey Perion de Gaula é á todos los príncipes é caballeros de su parte, para que en presencia suya é vuestra se diga lo que oiréis.» Entonces volviéndose á Amadís, le dijo: «Esforzado caballero Amadís de Gaula, segun la fin é propósito de mi habla, fuera de mi condicion, que es no loar á ninguno en presencia, y de vuestro querer, que siempre dello empacho rescibe, me será forzado delante destes reyes é caballeros reducir á sus memorias las cosas pasadas entre vos é mí desde el día que en mi corte quedastes por caballero de la reina Brisena, mi mujer; é aunque á todos ellos sean notorias, veyendo que así como ellas pasaron por mí son conocidas, ternan á bien é á honesta causa el galardón que á su merecimiento por mí se quiere dar. Cierto estando vos en mi casa despues que vencistes á Dardan el soberbio, é habiéndome traído para mi servicio á vuestro hermano don Galaor, que fué el mayor don que nunca á rey se hizo, yo fui enhartado, é mi hija Oriana, por este malo Arcalaus el encantador, é así ella como yo presos, sin que de todos mis caballeros podiese ser defendido ni socorrido, constreñidos á guardar mi palabra, que gelo defendió, donde teniamos ella é yo en peligro de muerte y de cruel prision las personas, é mis reinos en aventura de ser perdidos. Pues á este tiempo, viniendo vos é don Galaor de donde la Reina vos habia enviado, sabiendo en el estado que mi hacienda estaba, poniendo entrambos vuestras vidas en el punto de la muerte por remediar las nuestras, fuimos remedados é socorridos, mis enemigos los que presos nos llevaban muertos y destrozados; y luego por vos fué socorrida la Reina mi mujer, y muerto Barsinan, padre deste señor de Sansueña, que la tenia cercada en la mibidad de Lóndres. De manera que, así como con mucho engaño y gran peligro fui preso, así con mucha honra y seguridad mia y de mis reinos por vos fui restituido.

»Esto pasado, dende algun espacio de tiempo fué aplazada batalla entre mí y el rey Cildadan, que presente está, de ciento por ciento caballeros, y antes que á ella viniésemos vos me quitastes de mi estorbo á este caballero don Cuadragante y á Famongomadan, é Basagante, su hijo, los dos mas bravos y fuertes jayanes que en todas las insolas de la mar habia, y les tomastes á mi hija Leonoreta con sus dueñas y doncellas, é diez caballeros de los buenos de mi mesnada, que los llevaban presos en carretas, donde con todo mi poder nunca la podiera cobrar; pues segun la gente que el rey Cildadan á la batalla trajo, así de fuertes jayanes como de otros muy valientes caballeros, si por vos no fuera, que de un golpe matastes al fuerte Sarmadan el leon, y de otro me librástes de las manos de Madanfabul, el jayan de la Torre Bermeja, que desapoderado de todas mis fuerzas, sacándome de la silla, debajo el brazo me llevaba á meter en sus barcas, y por otras muchas cosas famosas que en la batalla fecistes, conocido es que no hobiera yo la vitoria é gran honra que allí hobe. Pues junto con esto, vencistes aquel muy valiente y famoso en todo el mundo Ardan Canileo el dudado, por donde mi corte fué muy honrada en se fallar en ella lo que en ninguna de las qu'él andovo pudo hallar;

que en ellas ni en todas las partes que él fué, uno ni dos, ni tres, ni cuatro caballeros le podieron nin osaron tener campo. Pues si queremos decir que á todo esto érades obligado, pues que vos fallábades en mi servicio, y que la gran necesidad é la obligacion que sobre vuestra honra teniades vos costreñia á lo traer, dígame lo que por mí habeis hecho despues que mas á mi cargo, por haber mas dado lugar á malos consejeros que al vuestro, de mi casa mas como contrario y enemigo que como amigo ni servidor vos partistes. Que sabido por vos en el tiempo que mas enemigos estábamos la gran batalla que con este rey Arábigo é otros seis reyes, é otras muchas extrañas gentes é naciones yo hobe, que venian de propósito y esperanza de sojuzgar mis reinos, tovistes manera con el Rey vuestro padre, é con don Florestan, vuestro hermano, cómo á ella viniédeses en mi ayuda, donde con mas razon é justa causa, segun el rigor é saña nuestra, me debiérades ser contrarios é casi por la bondad de vos todos tres, aunque de mi parte hobo muy buenos é muy preciados caballeros, yo alcancé tan gran vencimiento, que destruyendo todos mis enemigos, aseguré mi persona y real estado con mucha mas honra é grandeza que la que de antes tenia. Agora viniendo al cabo, yo sé que á vuestra causa, en la segunda batalla que hobimos fué quitada é reparada la gran afrenta en que yo é todos los de mi parte estábamos, como ellos saben, que entiendo que cada uno sintió en sí lo que yo. Pues en este socorro postrimero bien será excusado traerlo á la memoria, que aun la sangre de nuestras llagas corre, é las ánimas no han tenido lugar de tornar á sus moradas, segun ya de nosotros eran alejadas y despedidas. Agora, buenos señores, me decid qué galardón se puede dar que á la igualdad de tan grandes servicios é cargos satisfacer pueda. Por cierto ninguno, salvo que honrada é acatada esta mi persona mientras que sus dias duraren, que estos mis reinos y señoríos que juntos con ella tantas veces por la mano é bondad deste caballero han sido socorridos é amparados, los haya en casamiento con Oriana, mi hija; y que así como por voluntad ellos dos son juntos en matrimonio sin lo yo saber, así sabiéndolo y queriéndolo queden por mis hijos sucesores herederos de mis reinos.»

Amadis cuando oyó el consentimiento que el Rey tan público daba para que á su señora hobiese, que en comparacion della todas las otras cosas por él contadas é dichas no tenia tanto como en nada, fué al Rey é fincó los hinojos, é aunque no quiso, le besó las manos é le dijo: «Señor, si á la vuestra merced ploguiera, todo esto que en loor mio se ha dicho se pudiera excusar, porque, segun las mercedes é honras que yo é mi linaje de vos recebimos, á mucho mayores servicios éramos obligados, é por esto, Señor, no vos quiero dar gracias ningunas; pero por lo postrimero, no digo de la herencia de vuestros grandes señoríos, mas dar me por su voluntad á la princesa Oriana, os serviré todos los dias que viva con la mayor obediencia é acatamiento que nunca hijo á padre, ni servidor á señor lo fizo.» El rey Lisuarte lo abrazó con muy grande amor é le dijo: «Pues en mí hallaréis aquel amor tan entrañable como con vos lo tiene ese rey que vos engendró.»

Todos fueron mucho maravillados cómo el Rey en su habla atajó aquellos grandes fuegos de enemistades que tan gran tiempo habian durado, sin quedar cosa alguna en que fuese necesario de entender; é si dello les plogo, excusado sería decillo, porque al comienzo los unos é otros con gran soberbia se demandasen, segun las muertes de los suyos habian visto, é las suyas tan cercanas, mucho estaban ledos de haber paz, y preguntábase unos á otros si sabian por qué el Rey dijera que Amadis é Oriana estaban juntos en matrimonio, porque despues que la tomaron en la mar é la llevaron á la insola Firme nunca en ellos tal cosa sintieron, pues de antes mucho menos; mas el Rey, que lo sintió, rogó al santo hombre Nasciano que así como á él gelo habia dicho, gelo dijese á aquellos señores, porque sopiesen el poco cargo que Amadis tenia en la haber tomado en la mar; é tambien cómo él estaba sin culpa, no lo sabiendo, en la dar al Emperador, é cómo si su hija sin su licencia é sabiduría lo fizo, la gran causa é razon á ello la obligó. Entonces el hombre bueno gelo contó todo, como ya habeis oido; que al rey Lisuarte lo dijera en el real en su tienda. Quando el doncel Esplandian, que el hombre bueno por la mano cabe si tenia, oyó cómo aquellos dos reyes eran sus abuelos, é Amadis su padre, si dello le plugo no es de preguntar. E luego el ermitaño se fincó con él de hinojos ante ambos reyes é ante su padre, y le hizo que les besase las manos, y ellos que le diesen su bendicion. Amadis dijo al rey Lisuarte: «Señor, así como de aquí adelante me place é conviene que os sirva, así será forzado de vos demandar mercedes; é la primera sea, que pues el emperador de Roma no tiene mujer y es en disposicion de la haber, que vos plega darle á la infanta Leonoreta, vuestra hija, é á él ruego yo que la reciba, porque sus bodas é mias sean juntas, é juntos quedemos por vuestros hijos.» El Rey lo tovo por bien de lo tomar en su deudo, é luego le otorgó á Leonoreta por mujer, y el Emperador la recibió con mucho contentamiento.

El rey Lisuarte preguntó al rey Perion si habia sabido algunas nuevas de don Galaor, su hijo. Él le dijo que despues de su venida viniera Gandalin, que lo dejara algo mejor, y que estaba con mucho cuidado de su mal, é con gran temor de algun peligro. «Yo vos digo, dijo el Rey, que aunque él es vuestro hijo, que lo no tengo yo menos; é si no fuera por las diferencias que á tal sazón vinieron, yo por mi persona lo hobiera visitado; é mucho os ruego que enviéis por él si estoviere en disposicion de venir, porque yo me partiré luego á Vindilisora, donde la Reina mandé venir, é quiero, por honra de Amadis, con ella é con Leonoreta, mi hija, volverme luego á vosotros á la insola Firme, donde se harán las bodas suyas é del Emperador, y verémos las cosas extrañas que allí Apolidon dejó; é si á don Galaor ende hallo, mucho placer me dará su vista, que gran tiempo le he deseado.» El rey Perion le dijo que así se haria luego como lo queria. Amadis besó las manos al rey Lisuarte por la merced é honra que le daba, é Agrájes le pidió mucho ahincado que enviase por don Galvanes su tío, é por Madasima, é los trajese consigo. El rey Lisuarte dijo que le placia dello, y que así se faria sin falta, y que luego de mañana se queria partir,

por se tornar presto; que ya era tiempo que aquellos caballeros é sus gentes se volviesen á sus tierras á descansar, que bien menester les facia, segun los trabajos por ellos habian pasado, y que todos hiciesen llevar sus navíos al puerto de la insola Firme, porque de allí embarcasen todos para sus caminos. El Emperador rogó mucho al rey Lisuarte que mandase venir su flota á la insola Firme; é que pues él é la Reina habian de volver allí, que le diese licencia, que se queria ir con Amadis, que le habia de hablar mucho en su hacienda. El Rey gelo otorgó que así lo ficiese.

CAPITULO XXXVIII.

Cómo el rey Lisuarte llegó á la villa de Vindilisora, donde la reina Brisena, su mujer, estaba, é cómo con ella é con su hija acordó de se volver á la insola Firme.

Consigno tomó el rey Lisuarte al rey Cildadan é á Gasquilan, rey de Suesa, é toda su gente, é volvióse á la su villa de Vindilisora, donde habia enviado á mandar á la reina Brisena, su mujer, que le esperase. Pues no se cuenta mas de cosa que le acaeciese, sino que á los cinco dias llegó á la villa, mostando mejor semblante que alegría llevaba en el corazon; que bien conocia que aunque Amadis quedaba por su hijo, é muy honrada su hija con él, y que así dél como del emperador de Roma y del rey Perion y de todos los otros grandes señores quedaba por mayor, y ellos todos á su ordenanza, no estaba en su voluntad satisfecho, porque toda esta honra é ganancia le vino sobre ser vencido y estrechado, como se vos ha contado, y que Amadis, contra quien él iba como contra enemigo mortal, se llevaba toda la gloria; é tan gran tristura se le habia asentado en el corazon, que en ninguna manera se podia alegrar; mas como ya en edad crecida fuese, y estuviese muy cansado y enojado de ver tantas muertes é grandes males, é todo entre cristianos, y que las causas por donde venian eran mundanales, percederas, y que á él, como príncipe muy poderoso, era dado de las quitará su poder, aunque algo de su honra se menoscabase, lo cual habia siempre seguido todo al contrario, teniendo en tanto la honra del mundo, que de todo punto le habia fecho olvidar el reparo de su ánima, y que con justa causa Dios le habia dado tan grandes azotes, especial el postrimero que ya oistes; consolábase é disimulaba, como hombre de gran discrecion, porque ninguno sintiese que su pensamiento estaba en él sino en se tener por señor é mayor de todos, y que con mucha honra lo habia ganado. Pues con esta alegría fingida é con gesto muy pagado llegó donde la Reina estaba con sus dueñas é doncellas muy ricamente vestidas, llevando por la mano al doncel Esplandian; que las cosas pasadas, así de peligro como de placer, ya ella las sabia por Brandoibas, que de parte del Rey del monesterio delante habia venido á le dar placer. Como el Rey entró en la sala la Reina vino á él, é fincó los hinojos é quiso besar las manos, mas él las tiró á sí, y levantándola con mucho amor, la abrazó, como aquella á quien de todo corazon amaba. Y en tanto que las dueñas é doncellas llegaron á besar las manos al Rey, la Reina tomó entre sus brazos al doncel Esplandian, que de hinojos delante della estaba, é comenzóle de besar mu-

chas veces é dijo: «¡Oh mi fermoso hijo bienaventurado! Bendita sea aquella hora en que naciste, é la bendicion de Dios hayas é la mia, que tanto bien por tu causa me ha venido; é á él plega por la su santa piedad que me dé lugar que este servicio tan grande que al Rey mi señor feciste, en ser causa, despues de Dios, de le dar la vida, yo lo pueda satisfacer.» Estonces llegaron el rey Cildadan é Gasquilan, rey de Suesa, á hablar á la Reina, y ella los recibió con mucha cortesía, como aquella que era una de las dueñas é bien criadas dueñas del mundo, y despues á todos los otros caballeros, que llegaron á le besar las manos.

A esta sazón era ya tiempo de cenar, y quedaron con el Rey aquellos dos reyes é otros muchos caballeros, á quien dieron en la cena muchos é diversos manjares, como en mesa de tal hombre y que tantas veces lo habia dado é por costumbre lo tenia. Despues que cenaron, el Rey fizo quedar en su palacio aquellos reyes en muy ricos aposentamientos, y él se acogió á la cámara de la Reina, y estando en su cama, le dijo: «Dueña, si por ventura os habeis maravillado de las nuevas que vos han dicho de Oriana, vuestra hija, y de Amadis de Gaula, también lo fago yo, que ciertamente bien creo que de vos y de mí estaba aquel pensamiento alejado é sin ninguna sospecha de ello; no me pesa sino porque ante no lo sopimos; que excusar se podieran tantas muertes y daños como de la causa de lo no saber han sucedido. Agora que á nuestra noticia viene, é ningun remedio se pudiera buscar ni dar que con mas deshonor no fuese, tomemos por remedio que Oriana quede con el marido que le plogo tomar, pues quitada la saña é pasion d'enmedio, é conociendo lo verdadero é justo, no hay hoy en el mundo emperador ni príncipe que á él se pueda igualar; é no solamente igualar, mas que con su sobrada discrecion é gran esfuerzo, seyendo la fortuna mas favorable que á ninguno de los nacidos, estando como un caballero andante pobre, tiene hoy á su mandar toda la flor de los grandes y pequeños que en el mundo viven; y Leonoreta será emperatriz de Roma, que así lo dejo yo otorgado. Así que, es menester que, pues yo de mi propia voluntad, por honra de Amadis, dí palabra que seríamos vos é yo é Leonoreta en la insola Firme, donde nos aguardan para dar cabo en todo, os adereceis segun que conviene, é mostrando el rostro con tanta alegría, dejando de hablar en las cosas pasadas, como en los tales autos se conviene y debe hacer.» La Reina le besó las manos, porque así quiso forzar su saña é fuerte corazon y venir en lo asentado; é sin mas replicar, le dijo que cómo lo mandaba se ponía en obra, é que, pues tales dos hijos le quedaban, é todos los otros por causa dellos á su servicio, que lo toviese por bien, é diese muchas gracias á Dios porque así lo quiso hacer, aunque la forma dello no hobiese sido conforme mucho á su voluntad. Así folgaron aquella noche, é otro dia se levantó el Rey é mandó al rey Arban de Norgales, su mayordomo, que ficiese aparejar muy prestamente todas las cosas necesarias para aquella ida; é la Reina así lo fizo, porque su hija fuese como convenia á emperatriz de tan alto señorío.

CAPITULO XXXIX.

Cómo el rey Perion é sus compañías se tornaron á la ínsola Firme, é de lo que hicieron antes que el rey Lisuarte allí con ellos fuese.

Agora dice la historia que el rey Perion é sus compañías, despues que el rey Lisuarte de ellos se partió para Vindiliora, donde la reina Brisena, su mujer, estaba, se tornaron luego todos con sus batallas muy concertadamente como allí habian venido, é con mucho placer é alegría de sus corazones se fueron camino de la ínsola Firme. El emperador de Roma siempre posó con Amadís en su tienda, y entrambos dormían en una cama, que nunca una hora eran partidos de en uno, é toda su gente é tiendas é atavíos eran en guarda de Brondajel de Roca, como su mayordomo mayor, así como lo fuera del emperador Patin, su antecesor. Las jornadas que andaban eran muy pequeñas, é siempre fallaban sus posadas en logares muy placenteros é apacibles, cuanto facian algun poco de compañía al rey Perion en su tienda, é luego se recogían todos juntos á las tiendas de Amadís, é otras veces á las del Emperador; é como todos los mas fuesen mancebos y de gran guisa é crianza, nunca estaban sino jugando é burlando en cosas de placer; así que, llevaban la mejor vida que tovieran grandes tiempos habia. Pues así llegaron á la ínsola Firme, donde hallaron á Oriana é á todas las grandes señoras que allí estaban en la huerta, tan hermosas é tan ricamente vestidas, que maravilla era de las ver, que no creais que parecían personas terrenales ni mortales, sino que Dios las habia fecho en el cielo é las habia allí enviado. La grande alegría que los unos é los otros hobieron en se ver así juntos é sanos, con tanta honra é concierto de paz, no se vos podría en ninguna manera decir. El rey Perion iba delante, é todas le hicieron muy gran acatamiento, é con mucha homildad le saludaron las que así les convenia facer, é las otras le besaron las manos. Amadís llevaba por la mano al Emperador, y llegóse á Oriana é dijole: «Señora, fablad á este caballero é gran príncipe, que vos nunca vió é vos mucho ama.» Ella, como ya sabia que era emperador é habia de ser marido de su hermana, llegóse á él é quiso fincar los hinojos y besarle las manos, mas él se abajó con muy gran acatamiento é la levantó, é dijo: «Señora, yo soy el que me debo homillar ante vos é ante vuestro marido, porque él es señor de mi tierra y de mi persona; que podeis sin falta, Señora, creer que de lo uno ni otro no se fará sino lo que su voluntad y vuestra fuere.» Oriana le dijo: «Mi señor, eso consiento yo quanto al buen agradescimiento vuestro, y mas al acatamiento que á la virtud é grandeza vuestra se dé, yo soy la que con mucha obediencia vos debo tratar.» Él le dió muchas gracias por ello. Agrájes é don Florestan é don Cuadragante é don Brian de Monjaste se fueron á la reina Sardamira, é á Olinda é á Grasinda, que estaban juntas; é don Bruneo de Bonamar á la su muy amada señora Melicia; é los otros caballeros á las otras infantas é doncellas muy hermosas y de gran guisa que allí estaban, é con mucho placer hablaron con ellas en lo que mas sabor habian.

Amadís tomó á Gastiles, sobrino del emperador de Constantinopla, é á Grasandor, fijo del rey de Bohemia, y llególos á la infanta Mabilia, su prima, é dijole: «Mi buena señora, tomad estos príncipes é haceldes honra.» Ella los tomó por las manos é asentóse entre ambos. A Grasandor plugo mucho desto, porque, como vos hemos contado, el dia primero que la vido fué su corazón otorgado de la amar, é conociendo quién ella era é su grande bondad y gentileza, y el gran deudo é amor que le tenia Amadís, determinado estaba de la demandar por mujer, y deseaba mucho verla hablar é tratarla en alguna contratacion, é por esto hobo mucho placer de se ver tan cerca della. Pero como esta infanta fuese una doncella tan extremada en toda bondad é honestidad é gracia, con gran parte de hermosura, tan pagado fué Grasandor della, que muy mayor aficion que de ante tenia le puso. E así como oídes, estaban todos aquellos señores razonando de aquello que mas deseaban, sino Amadís, que habia gran deseo de hablar á su señora Oriana, é no podia con el Emperador, é como vió á la reina Briolanja, que estaba cabedon Bruneo, é su hermana Melicia, fué para ella é trájola por la mano, é dijo al Emperador: «Señor, hablad á esta señora é hacelde compañía.» El Emperador volvió el rostro, que aun fasta allí nunca habia quitado los ojos de Oriana, que de ver su gran fermosura estaba espantado; é como vió á la Reina tan lozana é tan hermosa, é á las otras señoras que con aquellos caballeros estaban hablando, mucho se maravilló de ver personas tan extremadas de todas cuantas hobiese visto, é dijo á Amadís: «Mi buen señor, yo creo verdaderamente que estas señoras no son nacidas como las otras mujeres, sino que aquel gran sabidor Apolidon por su gran arte las hizo é las dejó aquí en esta ínsola, donde las hallastes, é no puedo pensar sino que ellas ó yo estemos encantados; que puedo decir, y es verdad, que si en todo el mundo tal compañía como esta se buscasse, no seria posible poderse fallar.» E Amadís le abrazó riendo, é dijole si habia en alguna corte, por grande que fuese, visto otra tal compañía. Él le dijo: «Por cierto yo ni otro alguno la pudo ver, si no fuese en la del cielo.»

Ellos así estando como ois, llegó á ellos el rey Perion, que habia estado hablando gran pieza con la muy fermosa Grasinda, é tomó por la mano á la reina Briolanja, é dijo al Emperador: «Buen señor, estemos vos é yo, si á vos placirá, con esta fermosa reina; é Amadís habble con Oriana, que bien creo que con ella gran placer habrá.» E así quedaron ambos con la reina Briolanja, é Amadís se fué con grande alegría á su señora Oriana, é con gran homildad se asentó con ella á una parte é dijole: «Oh señora! ¿con qué servicios puedo pagar la merced que me habeis hecho, en que por vuestra voluntad sean descubiertos nuestros amores?» Oriana dijo: «Señor, ya no es tiempo que por vos se me diga tanta cortesía ni yo la reciba; que yo soy la que vos tengo de servir é seguir vuestra voluntad con aquella obediencia que mujer á su marido debe, é de aquí adelante en esto quiero conocer el gran amor que me teneis, en ser tratada de vos, mi señor, como la razon lo consiente, é no en otra manera; y en esto no

se hable mas, sino tanto quiero saber qué tal queda mi padre, é cómo tomó esto nuestro.» Amadís dijo: «Vuestro padre es muy cuerdo, é aunque otra cosa en lo secreto toviere, en lo que á todos pareció, muy contento queda, é así se partió de nosotros. Ya, Señora, sabréis cómo ha de venir aquí la Reina é vuestra hermana.—Ya lo sé, dijo ella, y el placer que mi corazón siente no lo puedo decir. A nuestro Señor plega que así como está asentado se cumpla, sin que en ello haya alguna mudanza; que podeis, mi señor, creer que despues de vos, no hay en el mundo persona que yo tanto ame como á él, aunque su gran cruera debiera dar causa que con mucha razon toviere lo contrario. E agora me decid de Esplandian qué tal queda y qué os parece dél.—Esplandian, dijo Amadís, en su parecer é costumbres es vuestro fijo; que no se puede mas decir, é mucho quisiera el santo hombre Nasciano traérosle, el cual será agora aquí, que no quiso venir con la gente; mas el Rey vuestro padre le rogó que gelo dejase llevar á la Reina para que lo viese, y que él gelo traeria.»

En esto y en otras cosas estovieron hablando hasta que fué hora de cenar, que el rey Perion se levantó é tomó al Emperador, é fuéronse á Oriana é dijéronle: «Señora, tiempo es que nos acojamos á vuestras posadas.» Ella les dijo que se hiciese como mas les contentase. Así se salieron todos, y ellas quedaron tan alegres é contentas, que maravilla era. Todos cenaron aquella noche en la posada del rey Perion, que Amadís mandó que allí lo aparejasen, donde fueron muy bien servidos é abastados de todo lo que á tal menester convenia, donde tantos é tan grandes señores estaban. Despues que cenaron vinieron juglares, que hicieron muchas maneras de juegos, de que hobieron gran placer, fasta que fuera ya tiempo de dormir, que se fueron todos á sus posadas, salvo Amadís, á quien el Rey su padre mandó quedar, porque le queria hablar algunas cosas. Pues todos idos, el Rey se acogió á su cámara, é Amadís con él, y estando solos, le dijo: «Fijo Amadís, pues que á Dios nuestro Señor plugo que con tanta honra tuya estas afrentas é grandes batallas pasases, que aunque en ella muchos príncipes de gran valer é grandes caballeros hayan puesto sus personas y estados, á tí, por la bondad de Dios, se refiere la mayor gloria é fama, así como de lo contrario tu honra é gran fama aventuraba el mayor peligro, como conocido lo tienes, ya otra cosa no queda sino que con aquel cuidado é tan gran diligencia que al comienzo desta tan crescida afrenta, costriéndote tan gran necesidad, allegaste é animaste á tí todos estos honrados caballeros, que agora estando fuera della lo tengas mayor para te les mostrar muy gradescido, remitiendo á sus voluntades lo que facer se debe así en estos presos, que son tan grandes príncipes é señores de grandes tierras, como, pues que tú ya tienes mujer, que ellos las hayan juntamente contigo, porque parezca, como en los males y peligros te fueron ayudadores, que así en los bienes y placeres te sean compañeros; é para esto yo remito á tu querer mi fija Melicia, que la des á aquel en quien bien empleada sea su virtud é gran fermosura, é lo semejante hacer puedes de Mabilia, tu cohermana; pues bien entiendo que la reina Briolanja no saldrá ni segui-

rá sino tu parecer; tambien te acordarás de poner con estas á tu amiga Grasinda, é aun á la reina Sardamira; pues aquí está el Emperador, que la mandar puede; si á ellas les agrada casar en esta tierra, no faltará igualdad de caballeros á sus estados é linaje, é acuérdate de tus hermanos, que son ya en disposicion de haber mujeres, en que puedan dejar generacion que sostenga la vida y remembranza de sus memorias; y esto se faga luego, porque las buenas obras que con pena é dilacion se hacen, muy gran parte pierden de su valor.» Amadís fincó los hinojos ante él y besóle las manos por lo que le dijo, é que así como él mandaba se faria.

Con este acuerdo se fué Amadís á su posada, y en la mañana se levantó é fizo juntar todos aquellos señores en la posada de su cohermano Agrájes, é así juntos les dijo: «Mis buenos señores, las grandes fatigas pasadas, é la honra y prez que con ellas habeis ganado, vos dan licencia para que con mucha causa é razon á vuestros afanados espíritus algun descanso y reposo deis; é pues Dios ha querido que con vuestro deudo é amor las cosas que yo mas en este mundo deseaba alcanzase, así querria que las que por vosotros se desean, si algo en mi mano es, vos fuesen restituidas; por ende, mis señores, no hayais empacho que vuestra voluntad manifiesta me sea así en lo que á vuestros amores y deseos toca, si algunas destas señoras amais é por mujeres las quisierdes, como en lo que facer se debe destos presos, que por la gran virtud y esfuerzo de vuestros corazones vencistes; porque cosa muy aguisada es, que como por causa suya muchas heridas con gran afrenta recibistes, que agora ellos padeciendo, goceis y descanséis en aquellos grandes señoríos que ellos poseyeron.» Mucho gradecieron todos aquellos señores lo que por Amadís se les proferia, é muy contentos fueron dél, y en lo que á sus casamientos tocaba luego allí se señalaron: Agrájes el primero que tomara á Olinda, su señora. E don Bruneo de Bonamar le dijo que bien creia que sabia él que toda su esperanza é buena ventura tenia en Melicia, su señora. Grasandor dijo que nunca su corazón fuera otorgado á ninguna mujer de cuantas viera sino á la infanta Mabilia, y que aquella amaba é la demandaba por mujer. Don Cuadragante le dijo: «Mi buen señor, el tiempo é la juventud-hasta aquí me han sido muy contrarios á ningun reposo, ni tener otro cuidado sino de mi caballo é armas; mas ya la razon y edad me convidan á tomar otro estilo; é si á Grasinda le plugiere casar en estas partes, yo la tomaré por mujer.» Don Florestan le dijo: «Señor, como quiera que mi deseo fuese, acabadas estas cosas en que hemos estado, de luego pasar en Alemania, donde de parte de mi madre natural soy, así por la ver como á todo mi linaje, que, segun el gran tiempo que de allá salí, apenas los conoceria; si acá se puede ganar la voluntad de la reina Sardamira, podriase mudar mi propósito.»

Los otros caballeros le dijeron que le gradecian mucho su voluntad, pero que, así porque por estonces sus corazones estaban libres de ser sujetos á ningunas de aquellas señoras ni á otras algunas, como por ser mancebos é no de mucha nombradía, que la edad no les habia dado mas lugar para ganar honra, de propósito estaban de no se entremeter en otras ganancias ni re-

poso sino en buscar las aventuras donde sus cuerpos ejercitar podiesen; y que así en lo de aquellas señoras que aquellos caballeros demandaban como en lo que de los presos les decia, ellos se desistían de todo ello, y él lo repartiese por ellos, pues que ya vida de mas reposo é costa les placia tomar, y á ellos en las cosas de las armas é afrentas los pusiese donde él pensase que mas fama y prez podrian ganar. Amadís les dijo: «Mis buenos señores, yo fio en Dios que esto que pedis será su servicio é con su ayuda se hará; é pues estos caballeros mancebos en vos todo lo dejan, yo quiero luego repartirlo como mi juicio lo tiene determinado; é digo que vos, señor don Cuadragante, que sois fijo de rey y hermano de rey, é vuestro estado no iguala con gran parte con vuestro linaje é gran merecimiento, que hayais el señorío de Sansueña, que pues el señor en vuestro poder está, sin mucho trabajo lo podeis haber. Et vos, mi buen señor don Bruneo de Bonamar, demás de vos otorgar desde agora á mi hermana Melicia, habréis el reino del rey Arábigo con ella, y el señorío que del Marqués vuestro padre esperais lo traspaseis en Branfil, vuestro hermano. Don Florestan, mi hermano, habrá á esta reina que pide, y demás de lo que ella posee, que es la isla de Cerdeña, el Emperador, á mi ruego, le dará todo el señorío de Calabria, que fué de Salustanquidio. Vosotros, mis señores, Agrájes é Grasantor, contentáos por el presente con los grandes reinos y señoríos que despues de las vidas de vuestros padres esperais, é yo con este rincencillo desta ínsola Firme, fasta que nuestro señor traya tiempo en que podamos haber mas.» Todos otorgaron é loaron mucho lo que Amadís determinó, é mucho le rogaron que así se ficiere como lo señalaba; é porque si se hobiesen de contar las cosas que sobre estos casamientos pasaron con aquellas señoras, é con el Emperador en lo de la reina Sardamira, sería á la escriptura gran prolijidad, solamente sabréis que así como aquellos caballeros lo dijeron, así Amadís lo cumplió todo, y el Emperador lo que para don Florestan le pidió, é mucho mas adelante, como la historia lo contará; é fueron luego desposados por mano de aquel santo hombre Nasciano, quedando las bodas para el día que Amadís y el Emperador las ficiessen.

CAPITULO XL.

Cómo don Bruneo de Bonamar é Angriote de Estravaus é Branfil fueron en Gaula por la reina Elisena é por don Galaor, é la ventura que les avino á la venida que volvieron.

Amadís dijo al rey Perion, su padre: «Señor, bien será que enviéis por la Reina mi señora é por don Galaor, mi hermano, para el cual tengo yo guardada á la hermosa reina Briolanja, con que siempre será bienaventurado, porque cuando el rey Lisuarte venga, como quedó acordado, se fallen aquí.—Así se faga, dijo el Rey, é yo escribiré á la Reina, y envia tú los que quisieres.» Don Bruneo se levantó é dijo: «Yo quiero ir este viaje si á la vuestra merced place, é llevaré conmigo á mi hermano Branfil.—Pues ese camino no se fará sin mí,» dijo Angriote de Estravaus. El rey Perion dijo: «En vos, Angriote é Branfil, consiento; que don Bruneo no lo dice de verdad; que quien de cabe su amigo le qui-

tare no será su amigo; é porque yo siempre lo he sido, é por le no perder, no le daré la licencia.» Don Bruneo le respondió riendo: «Señor, aunque esta es la mayor merced de cuantas de vos he rescebido, todavía quiero servir á la Reina mi señora, porque de allí viene el contentamiento á todo lo otro.—Así sea, dijo el Rey, é quiera Dios, mi buen amigo, que halleis á don Galaor, vuestro hermano, en disposicion de poder venir.» Isanjo, que allí estaba, dijo: «Señor, bueno está ya; que lo supe de unos mercaderes que venian de Gaula é pasaban á la Gran Bretaña, é por se asegurar vinieron por aquí, que hobieron miedo de la guerra que á la sazón habia; é yo les pregunté por don Galaor, y me dijeron que lo vieron levantado é andar por la cibdad, pero harto flaco.» Todos hobieron mucho placer con aquellas nuevas, y el Rey mas que ninguno, que siempre su corazón traía afligido é congojado con el mal de aquel hijo, é tenia gran temor, segun la dolencia era larga, de le perder. Pues luego otro día estos tres caballeros que oistes, mandaron aderezar una nao de todo lo que hobieron menester para aquel camino, é ficiéron en é meter sus armas é sus caballos, é con sus escuderos é marineros que los guiasen se metieron á la mar; é como el tiempo hacia bueno y enderezado, en poco espacio pasaron en Gaula, donde fueron de la Reina muy bien recibidos; mas de don Galaor vos digo que cuando los vido tan grande fué su placer, que así flaco como estaba fué corriendo á los abrazar á todos tres, é así los tovo una pieza, é las lágrimas le vinieron á los ojos, é dijoles: «Oh mis señores é grandes amigos, ¿cuándo querrá Dios que yo ande en vuestra compañía, tornando á las armas, que tanto tiempo por mi desventura tengo desamparadas?» Angriote le dijo: «Señor, no os congojeis; que Dios lo cumplirá todo como vos lo deseais, y dejáos de todo, sino solamente de saber las grandes nuevas y de mucha alegría que vos traemos.»

Estonces contaron á la Reina é á él todas las cosas que habédes oido que pasaran, así el comienzo como la buena fin que en ello se daba. Cuando don Galaor lo oyó fué muy turbado é dijo: «Ay santa María! ¿y es verdad que todo eso ha pasado por el rey Lisuarte, mi señor, sin que yo con él me hallase? Agora puedo decir que Dios me ha hecho señalada merced en me dar en tal sazón tan gran dolencia; que por cierto, aunque de la otra parte estaba el Rey mi padre é mis hermanos, no podiera excusar de no poner por su servicio este mi cuerpo fasta la muerte; é cierto que si hasta aquí lo sopiera, segun mi flaqueza, de congoja fuera muerto.» Don Bruneo le dijo: «Señor, mejor está así, que con honra de todos, y vos ganando por mujer á aquella muy hermosa reina Briolanja, que vuestro hermano Amadís vos tiene, está la paz hecha, como lo veréis cuando allá llegádes.» Estonces dieron la carta á la Reina, é dijéronle cómo su venida era para la llevar, porque fuese presente á las bodas de todos sus hijos, é viese á la reina Brisena é á Oriana, é á todas aquellas grandes señoras que allí estaban. Como esta reina fuese muy noble é amase á su marido é á sus hijos, y de tan grande afrenta y peligro los viese en tanto sosiego de paz, dió muchas gracias á Dios é dijo: «Mi hijo don

Galaor, mira esta carta é toma esfuerzo, y vé á ver al Rey tu padre, é á tus hermanos, que, segun me parece, allí fallarás al rey Lisuarte con mas honra de tu linaje que él deseaba.» Angriote le dijo: «Señora, eso podeis vos muy bien decir, que vuestro fijo Amadís es hoy toda la flor y la fama del mundo, y en su voluntad y querer está la de todos los grandes que en el mundo viven é mas valen; lo cual, buena señora, veréis por vuestros ojos, que en su casa é á su mandar son juntos emperadores é reyes, é otros principes é grandes caballeros, que mucho le aman, y le tienen en aquel grado que su valor merece; é por esto es menester que lo mas presto que ser pueda sea vuestra ida; que bien creemos que ya será allí el rey Lisuarte é la reina Brisena, su mujer, con su fija Leonoreta para la entregar por mujer al emperador de Roma, al cual vuestro fijo Amadís ha puesto en aquel gran señorío que ya por suyo tiene.» Ella le dijo con muy grande alegría: «Mis buenos amigos, luego se hará como lo decis, é mandaré aderezar naos en que vaya.» Así se detovieron aquellos caballeros con la Reina ocho días, en cabo de los cuales las fustas fueron apañadas de todas las cosas necesarias al viaje; é luego entraron en ellas con muy gran alegría de sus ánimos, é comenzaron á navegar la vía de la ínsola Firme.

Pues yendo por la mar, como vos digo, con muy buen tiempo que les facia, al tercero día vieron venir á su diestra un navío á vela y remos, é acordaron de lo esperar por saber quién dentro venia, é tambien porque derechamente venia á la parte donde ellos iban; é cuando la nao cerca llegó, salió contra ella un escudero de don Galaor en un batel, y preguntó quién venia allí. Uno de los que dentro estaban le dijo muy cortésmente que una dueña que iba á la ínsola Firme con muy gran priesa. El escudero cuando esto oyó dijo: «Pues decid á esa dueña que decis, que está flota que aquí veis va allá, y que no haya recelo de se llegar á ella; que en ella van tales personas con que habrá mucho placer de ir en su compañía.» Cuando esto oyó aquel hombre, muy prestamente fué é muy alegre, é dijo á su señora, y ella mandó echar un batel en el agua, é un caballero en él, y que sopiese si era verdad lo que aquel decia. Este llegó á la nao donde la Reina estaba, é dijo á aquellos caballeros: «Señores, por la fe que á Dios debéis que me digais si aquella nao que allí está, en que una dueña viene de gran guisa, que va á la ínsola Firme, si podrá seguramente llegarse aquí, porque este escudero dijo que vosotros ibades este mismo camino.» Angriote le dijo: «Amigo, verdad vos ha dicho el escudero, y esa dueña que decis puede venir segura, que aquí no va ninguno de quien daño resciba; antes de quien habrá toda el ayuda que justamente se le facer podiere contra quien mal le querrá facer.—A Dios merced, dijo el caballero; agora vos pido por cortesía que la atendáis, é yo luego la faré venir á vos, que pues sois caballeros, gran dolor habréis cuando sopierdes su hacienda.» Luego se tornó á la nao, é como dijo lo que habia hallado, derechamente se fueron á la nao donde la Reina estaba, que aquella les pareció de mas rico aparato; pues allí llegados, salió una dueña toda cubierta de un paño negro la cabeza y el rostro, y pre-

guntó quién venia en aquellas naos. Angriote le dijo: «Dueña, aquí viene una reina, señora de Gaula, que va á la ínsola Firme.—Pues señor caballero, dijo la dueña, mucho vos pido por lo que sois á virtud obligado, que tengais manera como yo con ella fable.» Angriote le dijo: «Esto luego se fará, y entrad en esta nao; que ella es tal señora, que habrá placer con vos, así como lo ha con todos los otros que la demandan.» La dueña entró en la nao, é Angriote la tomó por la mano, é la metió á la Reina é dijo: «Señora, esta dueña vos quiere ver.—Ella sea bien venida, dijo la Reina, y preguntóos, Angriote, que me digais quién es.» Estonces la dueña se llegó á ella, é la saludó é dijo: «Señora, á eso no os sabrá responder ese buen caballero, porque no lo sabe; mas de mí lo sabréis, é no será poco de contar, segun la desastrada ventura é gran fatiga que sin lo merecer es sobre mí venida. Pero quiero, mi buena señora, sacar fianza de vos si seré segura é toda mi compañía, si lo que dijere por ventura vos mueva antes á saña que á piedad.» La Reina respondió que seguramente podia decir lo que quisiese.

Estonces la dueña comenzó de llorar muy agramente, é dijo: «Mi buena señora, aunque de aquí no lleve otro reparo sino descansar en contar mis desdichas á tan alta señora como vos, será algun descanso á mi atribulado corazón. Vos sabréis que yo fui casada con el Rey de Dacia, y en su compañía me vi muy bienaventurada reina; del cual hobe dos hijos é una fija; pues esta hija, que por mi mala ventura fué por mí engendada, el rey su padre é yo la casamos con el duque de la provincia de Suecia, un gran señorío que con nuestro reino confina; las bodas de los cuales, así como con mucho placer é grandes fiestas y alegrías fueron celebradas, así despues muy grandes llantos y dolores han traído; que como este duque sea mancebo y codicioso de señorear, como quiera que lo haber podiese, y el Rey mi marido fuese entrado en días, fizo cuenta que matando á él é tomando á los dos mis hijos, que son mozuelos, que el mayor no pasa de catorce años, prestamente podria, por parte de su mujer, ser rey del reino; é así como lo pensó lo puso en obra, que fingiendo que se venia á folgar á nuestro reino, y que nuestra honra era venir muy acompañado, saliendo el Rey mi marido con mucho placer á lo recibir é con sana voluntad, el malo traidor le mató por su mano; é Dios, que quiso guardar á los mozos, como venian detrás en sus palafrenes, se acogieron á la cibdad donde habian salido, é con ellos todos los mas de nuestros caballeros, é otros que despues con mucha afrenta y peligro asimismo entraron, porque aquel traidor luego los cercó é así los tiene; pues á la sazón yo habia ido á romeña que tenia prometida, que es una iglesia muy antigua de nuestra Señora, que está en una roca cuanto media legua metida en la mar; allí fui avisada de la mala ventura que tenia sin la saber, é como me viese sola, no tove otro remedio sino que en este navío en que allí me habia pasado me acogí. Como, Señora, vengo con intencion de me ir á la ínsola Firme á un caballero Amadís, é otros muchos de gran cuenta que me dicen ser allí con él, é contarles he esta gran traición, donde tanto mal me viene, é pedirles he que hayan

piedad de aquellos infantes é no los dejen matar á tan gran tuerto; que solamente algunos que fuesen que esforzasen los míos é los acaudillasen, aquel malo no osaría allí estar mucho tiempo.» La reina Elisena é aquellos caballeros fueron maravillados de tan gran traición, é hobieron mucha piedad de aquella reina, é luego la Reina la tomó por la mano, é la fizo sentar cabe sí, é díjole: «Mi buena señora, si no vos he fecho el acatamiento que vuestro real estado meresce, perdonadme, que vos no conocia, ni sabia el estado de vuestra hacienda como agora lo sé, é podeis creer que vuestra pérdida é fatiga me ha puesto gran piedad é congoja en el alma, que la contraria fortuna á estado ninguno perdona, por grande que sea, é aquel que mas contento é ensalzado se ve, aquel debe mas temer sus mudanzas; porque cuando mas seguros á su parescer están, entonces les viene aquello que á vos, mi buena señora, ha venido; y pues Dios aquí os trajo, tengo por bien que vayais en mi compañía hasta la firme la Firme, á allí hallaréis el recaudo que vuestra voluntad desea, como lo fallan cuantos lo han habido menester.—Ya lo sé, mi buena señora, dijo la reina de Dacia; que al Rey mi señor contaron unos caballeros que pasaban en Grecia las cosas que son pasadas sobre que Amadís tomó la hija del rey Lisuarte, que la desheredaba, por otra hija menor, é la enviaba al emperador de Roma por mujer, y esto me dió causa de buscar este bienaventurado caballero, socorredor de los cuitados que tuerto resciben.»

Cuando Angriote é sus compañeros oyeron lo que la reina Elisena dijo, todos tres se le fincaron de rodillas delante, é la suplicaron mucho que les diese licencia para que por ellos fuese aquella reina socorrida é vengada, si la voluntad de Dios fuese, de tan gran traición, y que esto se podía muy bien hacer, porque ya estaban muy cerca de la insola Firme, donde embarazo alguno por razon no se esperaba. La Reina quisiera que primero llegaran donde estaba el Rey su marido, mas ellos la afincaron tanto, que lo hubo de otorgar. Pues luego se metieron en su nao con sus armas é caballos é servidores, é dijeron á la reina de Dacia que les diese quien los guiase, y que ella se fuese con la reina Elisena á la insola Firme. Ella les respondió que no quedaria, antes queria ir con ellos; que su vista valdria mucho para reparar y remediar el negocio. Así se fueron de consuno, pues vieron su voluntad; y la reina Elisena é don Galaor se fueron su camino, é sin cosa que les acaesciese llegaron una mañana al puerto de la insola Firme. E cuando fué sabida su venida cabalgaron el Rey su marido é sus hijos, con el Emperador é con todos los otros caballeros, para la recibir. Oriana quisiera con aquellas señoras ir con ellos, mas el Rey la envió á rogar que lo no ficiese, ni tomase aquel trabajo; que él la llevaria luego para ella, é así quedó. Pues la Reina é don Galaor salieron de la mar á tierra, é allí fueron con mucho placer recibidos. Amadís, despues que besó las manos á su madre, fué abrazar á don Galaor, y él le quiso besar las manos, mas él no quiso; antes estuvo una pieza preguntándole por su mal, é don Galaor diciendo que ya estaba mucho mejorado, y que mas lo estaria de allí adelante, pues que los

enjos é sañas de entre él y el rey Lisuarte eran atajados. Despues que el Emperador é todos los otros señores saludaron á la Reina, pusieronla en un palafren y fuéronse al castillo al aposentamiento de Oriana, que estaba ella é las reinas é grandes señoras con muy ricos atavíos para la recibir á la puerta de la huerta. El Emperador la llevaba de rienda, é no quiso que descahalgase sino en sus brazos; pues cuando entró donde Oriana estaba, ella tenia por las manos á las reinas Sardamira é Briolanja, é con ellas llegó á la reina Elisena, é todas tres se la fincaron de hinojos delante con aquella obediencia que á verdadera madre se debía. La Reina las abrazó y besó, é las levantó por las manos. Entonces llegaron Mabilia y Melicia é Grasiñda, é todas las otras señoras, y besáronle las manos, é tomándola en medio, se iban con ella á su aposentamiento.

En esto llegó don Galaor, é no se vos podría decir el amor que Oriana le mostró; porque, despues de Amadís, no habia en el mundo caballero que ella mas amase, así por la parte de su amigo, que sabia que mucho le amaba, como por el amor tan grande que el rey Lisuarte, su padre, le tenia tan verdadero, y el deseo de don Galaor de le servir contra todos los del mundo, así como por la obra muchas veces habia parescido. Todas las otras señoras le recibieron muy bien. Amadís tomó á la reina Briolanja por la mano é díjole: «Señor hermano, esta hermosa reina os encomiendo, que ya otras veces vistes é la conoceis.» Don Galaor la tomó consigo sin ningun empacho, como aquel que se no espantaba ni turbaba en ver mujeres, é dijo: «Señor, á vos tengo en gran merced que me la dais, é á ella porque me tome é quiera por suyo.» La Reina no dijo nada, antes le embermejó el rostro, que la hizo muy mas hermosa. Galaor, que la miraba, que desde que se partió de Sobradisa cuando allá trajo á don Florestan, su hermano, y despues un poco de tiempo en la corte del rey Lisuarte, cuando vino á buscar á Amadís, nunca la habia visto, é aquella sazón era muy moza, mas agora estaba en su perficion de edad y hermosura, é pagóse tanto della é tan bien le pareció, que aunque muchas mujeres habia visto é tratado, como esta historia donde dél fabla lo cuenta, nunca su corazón fué otorgado en amor verdadero de ninguna sino desta muy hermosa reina; é asimismo ella lo fué dél, que sabiendo su gran valor así en armas como en todas las otras buenas maneras que el mejor caballero del mundo debia tener, todo el grande amor que á su hermano Amadís tenia puso con este caballero que ya por marido tenia; é como así sus voluntades tan enteramente entonces se juntaron, así permaneciendo en ello despues que á su reino se fueron, tovieron la mas graciosa é honrada vida, é con mas amor que se vos no podría enteramente decir; é hobieron sus hijos muy hermosos é muy señalados caballeros, que acabaron grandes cosas é peligrosas en armas, é ganaron grandes tierras é señoríos, así como lo contarémos en un ramo desta historia, que se llama *Las sergas de Esplandian*, porque ahí enteramente esto será contado; con el cual gran compañía tovieron antes que el emperador de Constantinopla fuese y despues que lo fué. Pues hecho este recibimiento á esta noble reina Elisena, é aposentada con aquellas señoras

donde otro ninguno entraba sino el rey Perion, que así estaba acordado, hasta que el rey Lisuarte é la reina Brisená é su hija viniesen, y se ficiesen los casamientos de Oriana y de todas las otras en su presencia, todos se fueron á sus posadas á folgar en muchos pasatiempos que en aquella insola tenian, especialmente los que eran aficionados á monte y á caza, porque fuera de la insola, en la tierra firme cuanto una legua, habia las mas hermosas arboledas é matas de montes muy espesos, que como la tierra estaba muy guardada, toda era llena de venados é puercos y conejos, é otras bestias salvajes, de las cuales muchas mataban, así con canes y redes como corriéndolas á caballo en sus paradas. Habia tambien para cazar con aves muchas liebres y perdices é otras aves de ribera; así que, se puede decir que en aquel rincencillo tan pequeño era junta toda la flor de la caballería del mundo, é quien en mayor alteza la sostenia, é toda la beltad y hermosura que en él se podía fallar, é despues los grandes vicios y deleites que vos habemos dicho, é otros infinitos que se no pueden contar, así naturales como artificiales, hechos por encantamientos de aquel muy gran sabidor Apolidon, que allí los dejó.

Mas agora deja el cuento de fablar destos señores é señoras que estaban esperando al rey Lisuarte é su compañía, por contar lo que acaeció á don Bruneo é Angriote é á Branfil, que se iban con la reina de Dacia, como ya oistes.

CAPITULO XLI.

De lo que conteció á don Bruneo de Bonamar, é á Angriote de Estravaus, é á Branfil, en el socorro que iban á hacer á la reina de Dacia.

Dice la historia que Angriote de Estravaus, é don Bruneo de Bonamar, é Branfil, su hermano, despues que de la la reina Elisena se partieron, que fueron por la mar adelante, por donde los guiaban aquellos que el camino sabian; é la Reina con su turbacion, como con el placer de haber fallado ayudadores para su priesa, nunca les preguntó de donde ni quién eran. E yendo así como vos digo, un dia les dijo: «Buenos señores é amigos, aunque en mi compañía vos llevo, no sé mas de vuestra hacienda de lo que antes que vos hallase ni viese sabia; mucho os ruego, si os pluguiere, me lo digais, porque sepa trataros en aquel grado que á vuestra honra é mia conviene.—Buena señora, dijo Angriote, como quiera que en saber nuestros nombres, segun el poco conocimiento de nosotros ternéis, no acrecienta ni mengua en vuestro descanso ni remedio; pues que os place saberlo, deciros lo hemos. Sabed que estos dos caballeros son hermanos, é al uno llaman don Bruneo de Bonamar, é al otro Branfil, é don Bruneo es en deudo de hermandad por su esposa con Amadís de Gaula, aquel á quien ibades mandar, é yo he nombre Angriote de Estravaus.» Cuando la Reina oyó decir quién eran dijo: «¡Oh mis buenos señores! muchas gracias doy á Dios porque á tal tiempo vos hallé, é á vosotros por el descanso é placer que á mi afligido espíritu habeis dado en me hacer sabidora de quién érades; que aunque vos no conozco, que nunca vos vi, vuestras grandes nuevas suenan por todas partes; que

aquellos caballeros de Grecia que á la reina Elisena dije que por mi tierra habian pasado, al Rey mi marido dijeron é contaron las grandes batallas pasadas entre el rey Lisuarte é Amadís. Aquellos, contándole las cosas que habian visto, le dijeron los nombres de todos los mas principales caballeros que en ellas fueron, é muchas de las grandes caballerías por ellos hechas; é acuérdomé que entre los mejores fuistes allí contados, lo cual mucho agradezco á nuestro Señor, que ciertamente con mucho cuidado he venido en vos ver tan pocos, é no saber el recaudo que para esta tan gran necesidad traia; mas agora iré con mayor esperanza que mis hijos serán remediados é defendidos de aquel traidor.» Angriote dijo: «Señora, pues que esto está ya á nuestro cargo, no se puede en ello mas poner de todas nuestras fuerzas con las vidas.—Dios vos lo agradezca, dijo ella, y me llegue á tiempo que mis hijos é yo lo paguemos en acrecentamiento de vuestros estados.» Así fueron por la mar sin enterevalo alguno hasta que llegaron en el reino de Dacia. Pues allí llegados, tomaron por acuerdo que la Reina quedase en su navío dentro en la mar hasta ver cómo les iba, y ellos hicieron sacar sus caballos, é armáronse, é sus escuderos consigo, é dos caballeros desarmados que con la Reina se hallaron al tiempo que en la mar entró, que los guiaron, é fueron su camino derecho á la cibdad donde los infantes estaban, que de allí sería una buena jornada, é mandaron á sus escuderos que les llevasen de comer, y cebada para los caballos, porque no entrarían en poblado.

Así como vos digo fueron estos tres caballeros, é andovieron todo el dia fasta la tarde, é reposaron en la falda de una floresta de matas espesas, é allí comieron ellos é sus caballos, é luego cabalgaron é andovieron tanto de noche, que llegaron una hora antes que amaneciese al real, é acercáronse lo mas encubierto que podieron por ver dónde estaba el mayor golpe de la gente, por se desviar della é pasar por lo mas flaco fasta entrar en la villa; é así lo hicieron, que mandaron á sus escuderos é á los dos caballeros que con ellos iban, que en tanto quedaban en la guarda punasen de se pasar á la villa. Todos tres juntos dieron sobre fasta diez caballeros que delante sí fallaron, é de los primeros encuentros derribó cada uno el suyo, y quebraron las lanzas, é posieron mano á las espadas, é dieron en ellos tan bravamente, que así por los grandes golpes que les daban como porque pensaron que era mas gente, comenzaron á fuir, dando voces que los socorriesen. Angriote dijo: «Bien sea que los dejemos é vamos esforzar los cercados.» Lo cual así se fizo, que con su compañía se llegaron á la cerca, donde al ruido de su rebato se habian llegado algunos de los de dentro. Los dos caballeros que allí venian llamaron, é luego fueron conocidos, é abrieron un postigo pequeño, por donde algunas veces salian á sus enemigos, é por allí entraron Angriote é sus compañeros. Los infantes acudieron allí, que al alboroto se levantaron é sopieron cómo aquellos caballeros venian en su ayuda, é cómo la Reina su madre quedaba buena é á salvo, que fasta entonces no sabian si era presa ó muerta; de que hobieron muy gran placer; é todos los del lugar fueron